

PRELATURA DE BOCAS DEL TORO (1964-1998)

ÁNGEL MARTÍNEZ CUESTA

Parte del artículo titulado: “Los agustinos recoletos en Panamá. Un siglo al servicio de la Iglesia y de la sociedad: 1898-1998” publicado por ÁNGEL MARTÍNEZ CUESTA en *Recollectio* Vol. XXIII-XXIV (2000-2001), pp. 83-163. (Se han reducido los textos de las notas de pié de página)

1. Toma de contacto con la realidad

El día 29 de febrero de 1964 monseñor Martín Legarra tomaba posesión de la prelatura de Bocas del Toro en presencia de las autoridades civiles y eclesiásticas de la nación. Culminaba así un proceso iniciado casi dos años antes, el 17 de octubre de 1962, en que la Santa Sede creó la prelatura de Bocas con territorio desmembrado de la diócesis de David. La prelatura se extendía por una superficie de 8.745 kms² y contaba con unos 35.000 habitantes, distribuidos en tres parroquias: Bocas del Toro, Almirante y Changuinola.

La primera, situada en el isla de Colón, era la cabecera de la provincia homónima y sería también sede de la nueva prelatura. La comunidad católica era de origen tardío. Sus primeros miembros habían llegado de Cartagena, Chiriquí y otras comarcas colombianas a mediados del siglo XIX, cuando la ciudad contaba ya con fuertes colonias de metodistas y otras denominaciones protestantes. A fines del año 1883 recibió la visita del obispo José Telesforo Paúl, quien bendijo la capilla y erigió la parroquia del Carmen En 1964 estaba en decadencia. Con el traslado de las oficinas de la Compañía Bananera a Almirante, su población había iniciado una parábola descendente, aunque no se puedan aceptar las cifras de Legarra, según las cuales su población habría bajado de 15.000 a 2.500 habitantes.

Las otras dos parroquias eran continentales. Almirante era un poblado de 5.075 habitantes, de los que sólo 2.000 eran católicos. Sus orígenes se remontaban a principios de siglo. Desde 1917 disponía de una humilde capilla y en 1945 el padre Stephen Strouse había fijado en él su residencia, pero la parroquia, fundada en septiembre de 1953, apenas contaba un decenio de vida. Y también Changuinola era fruto de las plantaciones bananeras, que durante el primer cuarto de siglo fueron ocupando el eje Almirante-Guabito. Su primera capilla data del año 1930. En 1946 se estableció en él el padre Eduardo Gómez; y el 9 noviembre 1957 el obispo de David erigió la parroquia de Santa Isabel de Hungría.

Desde 1917 las tres estaban al cuidado de los paúles (paulinos) americanos. Hasta ese año la zona había carecido de atención religiosa sistemática. Fuera de Bocas, donde desde 1891 residió un sacerdote fijo¹,

¹ Da sus nombres G. ROJAS Y ARRIETA, *History of the Bishops of Panamá*, pp. 224-225.

hubo de contentarse con visitas esporádicas de algún misionero. El más conocido sería el sacerdote alemán José Pablo Volk (1841-1919), que llegó a Bocas en 1891 y durante su estancia en ella realizó varias expediciones a las zonas indígenas del Cricamola, del Teribe y otros ríos. Monseñor José Agustín Ganuza ha rescatado su nombre del olvido. En repetidas ocasiones ha recordado sus expediciones misionales y ha puesto de relieve su celo apostólico. Con él la Iglesia bocatoreña se abrió al horizonte indígena².

Con los paúles comienza la evangelización sistemática de la provincia. Durante algún tiempo ciñen su actividad casi exclusivamente a la ciudad de Bocas. Pero poco a poco y a medida que la expansión de las plantaciones va regando de poblados los valles y llanuras de la provincia, van ensanchando su radio de acción, dando vida a las parroquias de Almirante (1953) y Changuinola (1957), a las que dotan de una buena estructura material y espiritual. Levantan iglesias y casas curales, y organizan las primeras asociaciones religiosas. Visitan también lugares más remotos e incluso se adentran en zonas indígenas. Como base de apoyo para esas expediciones en 1930 edificaron una casa de madera en Canquintú. La casa desapareció en 1939, pero las visitas continuaron. Hacia 1950 levantaron en el mismo lugar otra casita con escuela-capilla y la encomendaron a un indígena guaymí (Victoriano Bilbord), que durante años actuará de maestro y catequista. En 1955 construyeron una casa más amplia, de cemento y techo de zinc, que durante años servirá de centro de salud y, en 1967, de vivienda provisional para las hermanas lauras.

Pero su exiguo número –nunca pasaron de seis– no les permite seguir el ritmo expansivo de la población. En 1964, fuera de las iglesias de Bocas, Almirante y Changuinola, en toda la prelatura no había más lugares de culto que las capillas de Guabito (1922) y El Empalme (1957) en Changuinola, y la de Canquintú (1950) en Cricamola. En las parroquias funcionaban la Acción Católica, la Legión de María, las Damas de la Caridad de San Vicente, los Caballeros de la Eucaristía y el Apostolado de la Oración. Bocas contaba desde 1948 con una escuela parroquial; y Almirante, con un colegio secundario desde 1954. Ambos centros estaban dirigidos por terciarias capuchinas.

Todas estas propiedades, con su mobiliario, una lancha recién adquirida y los coches de Bocas y Changuinola, las traspasaron con ejemplar generosidad a los nuevos misioneros, a cuya disposición se pusieron apenas éstos pusieron pie en la isla. Monseñor Legarra se complace en reconocer su desprendimiento, así como la amabilidad con que les acogieron y acompañaron en la exploración del territorio. Incluso quiso que el general de la

²José Agustín GANUZA, «Apuntamientos para la historia de la Iglesia en Bocas del Toro (hasta 1964)», en *Bol. Cons.* 28 (1989) 294-339, esp. 321-22; también, «El misionero de los indios», en *Panorama Católico*, Panamá 22 abril 1998. Antes Pedro MEGA, *Compendio biográfico de los Ilmos y Excmos monseñores, obispos y arzobispos de Panamá. Reseña Histórica*, Panamá 1958, p. 374, había recordado su actividad en Colón, donde fue párroco de la Inmaculada Concepción desde 1905 a 1915.

orden manifestara por escrito la gratitud de la orden al provincial paúl de Estados Unidos³.

Legarra ardía en deseos de conocer personalmente su prelatura. El 2 de marzo, a los dos días de su instalación, salía de Bocas camino de Almirante y Changuinola en compañía de los padres Victorino Jiménez y Emilio Felipe, y del paúl Robert Doherty. Durante siete días recorrió las fincas, campos y caseríos de las dos parroquias con los ojos bien abiertos y la pluma en la mano, dispuesto a consignar por escrito cuanto golpeaba su mente o su corazón. Tras unos días de descanso en Bocas, el 12 de marzo se echaba de nuevo a la mar en compañía de los padres Thomas Hynes y Victorino Jiménez. Durante tres días visitó las comunidades de Punta Róbal, Chiriquí Grande, Chiriquincito y Miramar, predicando la palabra de Dios, administrando sacramentos y recogiendo apuntes sobre su situación religiosa, social y económica. Ya sólo le faltaba por visitar la zona indígena del río Cricamola y a ella quiso dirigirse el 18 de marzo. Los guaymíes de Canquintú comenzaban a llamar a sus puertas. Pero las lluvias torrenciales de aquel día y de los siguientes le obligaron a posponer el viaje. Pudo realizarlo un mes más tarde, el día 19 de abril, en compañía de dos terciarias capuchinas y del padre Manuel Bueno, que había llegado del colegio San Agustín de Panamá para emprender el viaje. Tras seis horas de lancha por la laguna de Chiriquí y cuatro de cayuco por el río Cricamola, llegaron a la meta de sus sueños, al lugar de Canquintú, donde ya estaba aguardándoles un grupito de guaymíes reunido por el catequista don Victoriano.

Al fin de estos viajes Legarra ya se ha hecho una idea, “si no exacta, al menos aproximada”, de la situación de la prelatura. Y desde el primer momento se percata de su complejidad y de las dificultades que entrañará su administración. La geografía la tenía aprisionada entre la montaña y el Caribe, sin comunicación con las provincias limítrofes; sus habitantes eran escasos y vivían dispersos por los campos y riberas de los ríos. Y además pertenecían a etnias y religiones distintas. Había latinos, de raza blanca y religión católica, descendientes de los emigrantes chiricanos y colombianos del siglo pasado; afroantillanos de credo protestante y lengua inglesa, originarios de Jamaica y otras colonias inglesas del Caribe; afrocoloniales católicos, incorporados a la sociedad panameña durante la época colonial; y un buen número de tribus indígenas. Los más numerosos eran los guaymíes, que habitaban las riberas del Cricamola y otros ríos vecinos, donde durante siglos habían resistido las presiones de los blancos. Constituían todavía más de un tercio de la población. Algún grupito había abrazado el cristianismo, pero la mayoría permanecía fiel a sus creencias ancestrales. Últimamente estaban surgiendo entre ellos movimientos de raíz nativista, que tendían a reafirmar lo autóctono y a rechazar lo foráneo. El más vigoroso era el de la *Mama Chi*, surgido en el corregimiento chiricano de San Lorenzo a raíz de las apariciones, en septiembre del año 1962, de Jesucristo y la Virgen a la mestiza María Delia Bejerano Atencio. La vidente murió muy pronto, el 25 de agosto de 1965, pero su movimiento se propagó rápidamente entre los guaymíes de Bocas,

³ Martín LEGARRA, *Informe sobre la prelatura nullius de Bocas del Toro*, Panamá, Bocas, 31 mayo 1964, p. 3.

Veraguas y Chiriquí⁴. Había también algunos cientos de teribes en las márgenes del río homónimo⁵; de bokotás, en la frontera de Veraguas; e incluso cunas recién transplantados por la Bananera.

Los católicos no llegan a la mitad de la población⁶. Con ellos conviven varias denominaciones protestantes. Bocas contaba con cinco pastores y otras tantas capillas. En Almirante había 8 iglesias (bautista, metodista, adventista, anglicana, testigos de Jehová, gedeones, evangélicos, Iglesia de Cristo) con 10 ministros; y en Changuinola, 5 con 3 ministros fijos y otros itinerantes, una escuela de tipo vocacional más un centro de misión y una escuela entre los teribes.

Los de más solera en la región eran los metodistas –los más antiguos en la zona–, los bautistas, los episcopalianos y los adventistas. Con ellos las relaciones eran buenas. En su primera visita a la comunidad católica de Bocas, monseñor Paúl la había exhortado a tratar a los no católicos «siempre y en todas partes» con caridad, «sin herirlos jamás ni en los sermones ni en la conversación». Legarra constata con satisfacción esta armonía, que tan bien respondía al irenismo de su temperamento⁷, y su sucesor hace lo propio en su informe del 1983⁸. En 1967 católicos y protestantes de varias denominaciones se reunieron, convocados por Legarra, para combatir juntos la plaga del alcoholismo y más tarde católicos y metodistas darán vida en Playa Roja a una Junta Cristiana que colabora en proyectos comunes⁹. Con las sectas nuevas las relaciones eran y serán siempre más tirantes. Los misioneros les achacan escasa sensibilidad social, confusionismo teológico y poco respeto a los valores comunitarios.

2. Recursos humanos y económicos

Tras la observación llegó el momento de la programación. Había que delinear un programa pastoral que tuviera en cuenta realidades tan heterogéneas y que, con los medios disponibles, aprontara respuestas a sus necesidades más urgentes. Desgraciadamente, ni el personal ni los medios

⁴ Una breve descripción de sus ritos y aspiraciones en Felicidad SIEIRO DE NORIEGA, *Los indios guyamíes frente al problema educativo y cultural*, Panamá 1968-1969, pp. 60-65.

⁵ José M. REVERTE, *Los indios teribes de Panamá*, Panamá 1967, pp. 109-1109, estimó en unos 450 número de teribes residentes por esos años en la prelatura.

⁶ Legarra calculó en el número de católicos en el 35-40% de católicos, cf. *Informe*, p. 6; en *Bol. Cons.* 5 (1965) 315.

⁷ M. LEGARRA, «Informe», en *Bol. Cons.* 5 (1965) 316: «No estará fuera de lugar decir que en nuestras relaciones sociales con los ministros protestantes, mantenemos una actitud de mutuo respeto, evitando roces y choques de los que nada bueno se habría de esperar».

⁸ José Agustín GANUZA, *Relación quinquenal de la prelatura de Bocas del Toro*. Julio de 1983, p. 59

⁹ «Notas de la prelatura de Bocas del Toro (Panamá)», en *Bol. Cons.* 4 (1968) 25-31; *Informe de la parroquia de Canquintú*. 1990, p. 33.

económicos iban a ser abundantes. La Santa Sede pensaba que en un principio podría bastar con 8 o 10 misioneros. Luego se podría aumentar su número a medida que se fueran conociendo mejor las necesidades de la región. De acuerdo con esas indicaciones, la comunidad puso inmediatamente ocho religiosos a disposición de la misión. En 1967 envió a dos más y luego ha ido aumentando su número hasta llegar a un máximo de 12 o 13. Por desgracia, ese aumento ni siquiera logra seguir el crecimiento acelerado de la población, que entre 1964 y 1998 se ha triplicado, subiendo de 37.000 a cerca de 100.000 almas. El censo de 1990 arrojó un total de 93.361 habitantes, contra los 53.487 que había arrojado el de 1980, lo que supone una tasa de crecimiento anual del 5,7%. De ellos 55.405 eran indígenas: 51.086 guaymíes, 1.837 teribes, 1.846 bocotás y 574 cunas. Y no han faltado momentos, como en 1985, 1987 y 1989, en que los misioneros han sido menos.

A partir del año 1970 se ha preferido trabajar siempre con religiosos voluntarios, aunque no siempre ha sido fácil reclutarlos¹⁰. Sin embargo, nunca han faltado religiosos conocedores del inglés, lengua casi necesaria, aunque cada día en menor medida, para tratar con los habitantes de ascendencia afroantillana. Y también el nivel de su capacitación teológica y pastoral ha sido bastante elevado. El actual prelado lo reconocía agradecido en un informe oficial del año 1983: «varios poseen grados universitarios. Otros se han enriquecido con cursos especiales en los institutos del CELAM. Y participan periódicamente en las jornadas de renovación religiosa y pastoral que organiza la propia comunidad»¹¹.

Número de misioneros

Año	1964	1966	1967	1970	1975	1983	1991	1995
Bocas	3	3	3	3	3	3	3	3
Almirante	2	2	3	2	3	3	3	
Changuinola	3	3	3	3	4	4	3	3
Canquintú			2	2	2	3	3	3
Total	8	8	10	11	11	13	12	12

La segunda fuerza evangelizadora de la prelatura han sido siempre las religiosas. A la llegada de los recoletos la prelatura contaba con dos comunidades de terciarias capuchinas que dirigían sendos colegios en Bocas y Almirante. También impartían catequesis y a veces participaban en las expediciones misionales a las zonas indígenas. Su trabajo ha sido siempre precioso y así lo han sabido apreciar la mayoría de los misioneros. En 1964 Legarra lo tenía por “una bendición del cielo”. Por eso le dolió en el alma la noticia de que las capuchinas intentaban cerrar ese mismo año la escuela de Bocas. Con un oportuno viaje a Medellín logró suspender la ejecución del proyecto. En febrero de 1967 consiguió cuatro hermanas lauras para el centro

¹⁰ P. CASAJÚS, «Reflexiones desde Bocas del Toro», en *Bol. Cons.* 11 (1971) 9-14.

¹¹ *Relación quinquenal. 1983*, p. 25.

evangelizador de Canquintú y en noviembre del mismo año dos seculares de la Unión Femenina Misional de Gerardo Valencia (UFEMI) para dirigir un centro catequético en Changuinola. A finales de 1967 contaba con 16 religiosas –12 capuchinas (4 en Bocas y 8 en Almirante), 4 lauras en Canquintú– y las dos misioneras seculares de Changuinola. Habría querido otras dos comunidades femeninas: una para la residencia de ancianos de Bocas y otra bilingüe – español e inglés– y de raza negra para Almirante. Pero sus gestiones no llegaron a cristalizar.

Más fortuna tuvo con las lauras que en 1969 substituyeron a las capuchinas en la escuela de Bocas y de 1980 a 1983 asumieron la dirección del Asilo de Ancianos de esa misma parroquia. Por desgracia, en diciembre de 1997 dieron por terminada su obra en la prelatura y salieron en busca de regiones más desamparadas. La comunidad de Canquintú recordará siempre con gratitud a las 34 lauras que con tanta competencia y abnegación compartieron su vida a lo largo de 30 años. En febrero de 1998 ocuparon su puesto 3 servidoras diocesanas de María Misionera, fundadas por monseñor José Dimas Cedeño, actual arzobispo de Panamá¹².

Desde un punto de vista económico los primeros años de la prelatura fueron difíciles. Sus ingresos no llegaban a cubrir ni las necesidades básicas de las parroquias. Los paúles habían suplido esas deficiencias con los donativos que les llegaban de Estados Unidos. Nunca habían sentido la necesidad de promover la colaboración económica de los fieles y, más bien, habían adoptado siempre una actitud de generoso paternalismo.

Los nuevos misioneros no disponían de esas entradas y a menudo se encontraron en serias dificultades. «Vinimos en pobreza», le gustaba repetir a Legarra. La gente no tardó en advertirlo y muy pronto acudió en su auxilio. Con un poco de economía y la generosidad de los fieles, la comunidad pudo hacer frente a las necesidades ordinarias. Pero la situación se agravó con las desgracias que se iban a abatir sobre la prelatura.

El 13 de septiembre de 1964 un ciclón tropical destruyó la catedral de Bocas, la escuela parroquial y unas 100 casas, dejando en la calle a unas 500 personas. También la vivienda de las hermanas sufrió serios desperfectos. El reto era formidable para el prelado, que a la sazón se encontraba en Roma asistiendo al concilio Vaticano II, y para los misioneros. ¿De dónde sacarían medios para reconstruir la catedral? Legarra no se amilanó y se aprestó a estrenar una vida de la que no tenía experiencia, pero en la que supo moverse con desenvoltura y eficacia. Pablo VI fue el primero que abrió la bolsa al nuevo mendicante y sus 6.000 dólares sirvieron para adquirir la estructura metálica de la nueva catedral y le dieron ánimos para proseguir alargando la mano. Y los donativos no se hicieron esperar. Llegaban de frailes y monjas, de organizaciones gubernamentales y de fieles de las iglesias recoletas de Roma, Madrid y Caracas.

¹² José Agustín GANUZA, «La misión es éxodo», en *Panorama Católico*, 1998, reproducido en *Noticias OAR*, enero-marzo 1998, p. 17.

Bajo la mirada competente del padre Javier Rodrigo las obras avanzaron con relativa rapidez. Y el 6 de mayo del 1967 Legarra tenía la gran satisfacción de inaugurar la nueva catedral con una solemnísimas función, en la que participó el presidente de la República con todos los obispos de la nación, un buen número de autoridades civiles y eclesiásticas y personas particulares. No menos que siete aviones se necesitaron para trasladarlas de Panamá a Bocas. Legarra notó, y agradeció, la presencia del ministro metodista de Bocas y del anglicano de Almirante. La nueva catedral era hermosa y, aunque de medidas reducidas –30 metros de largo por 12 de ancho y 6 de alto–, era más que suficiente para las necesidades de la ciudad. Su coste ascendió a 45.000 dólares¹³.

Breve fue el tiempo que Legarra tuvo para disfrutar de su iglesia, porque una nueva desgracia vino muy pronto a conmovier sus entrañas de pastor. «En la noche del 1 de los corrientes, a eso de las 8,30», escribe él mismo al provincial, «un voraz incendio destruyó totalmente la iglesia parroquial de Changuinola, que quedó reducida a escombros, sin haber podido salvar más que el armonium y el confesonario. De lo demás ... frías cenizas. Y esto, no obstante los esfuerzos del padre Gonzalo que quiso salvar el Santísimo, pero el humo y las llamas le impidieron avanzar. La casa cural, sin embargo, quedó intacta»¹⁴.

La reacción de la comunidad fue rápida. Consiguió el apoyo de la Bananera, buscó la colaboración de sus ingenieros y arquitectos, organizó campañas para recaudar fondos en las escuelas y en las iglesias de Almirante y Bocas, etc. A los diez días del siniestro ya comenzaron a afluir materiales. La construcción de la nueva iglesia avanzó rápidamente y el día 24 de diciembre ya se pudo celebrar en ella la misa de media noche. Era más bella y funcional que la anterior y fue financiada casi íntegramente por la comunidad de Changuinola.

La pobreza de la prelatura, y de la comunidad, todavía continuó comprometiendo durante algunos años su desarrollo. No había modo de construir centros parroquiales y capillas rurales, ni de formar catequistas ni de embarcarse en proyectos sociales de alguna ambición. Todavía en 1975 el prelado lamentaba esa situación: «La prelatura de Bocas del Toro carece por completo de medios económicos. No posee bienes muebles ni inmuebles de ninguna clase. Tampoco recibí ninguna clase de ayuda ordinaria y estable. Y si la pobreza de la gente y de los sacerdotes es grande, la pobreza del prelado es total. Cuatro parroquias extensas, poco habitadas, pobres y de escasa religiosidad apenas dan para la subsistencia de sus sacerdotes. Y así las parroquias muy poco o nada pueden contribuir para las necesidades

¹³ «Bocas del Toro. Inauguración de la nueva catedral», en *Bol. Cons.* 4 (1967) 199-206; cf. Carta al P. General, Bocas, 15 mayo 1967, AGOAR, Prelatura de Bocas, caja 1.

¹⁴ Legarra al P. Rafael Suso, 9 agosto 1968, AGOAR, Prelatura de Bocas, caja 1.

pastorales del prelado. Éste vive con los dos sacerdotes de Bocas del Toro, participando de sus trabajos y de su mesa»¹⁵.

Pero pronto iban a cambiar las cosas. A las ayudas del Gobierno se sumaron las de otras instituciones civiles y eclesiásticas. Roma comienza a enviar aportaciones regulares a través del Consejo de América Latina (CAL) o esporádicas a través de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos. De Alemania llegan fondos para proyectos pastorales (“Adveniat”) y sociales (“Misereor”). Y el *Catholic Relief Service* de Estados Unidos, a través de Cáritas de Panamá, distribuye medicinas, ropas y aperos para la misión de Canquintú. La economía de la comunidad recoleta también mejora, y ésta se hace cargo de los gastos extraordinarios del prelado y de sus misioneros. En 1983 ya sufragaba sus vacaciones, viajes de estudio, medicinas, hospitalización..., y les ayudaba a equipar y renovar sus viviendas¹⁶.

En consecuencia, la prelatura pudo embarcarse en la construcción masiva de escuelas, capillas y microproyectos, de los que se hablará más adelante. Últimamente ha emprendido obras más ambiciosas. A mediados de 1989 el padre Corpus López de Ciordia dio comienzo al trazado de un camino carretero entre las poblaciones de Almirante y Chiriquí Grande. Entraba así en un campo en que su laboriosidad, su pericia y su pragmatismo iban a ser particularmente fecundos para la región. En ningún momento aspiraba a usurpar el puesto del Estado o de los grandes ingenieros, y mucho menos pretendía hacer carreteras modernas. Le bastaba con señalar la necesidad y aprontar el primer remedio, cargando, de pasada, con la censura casi siempre injustificada de los ecologistas de salón. «No necesitamos una carretera millonaria», contestaría a un periodista de la capital; «necesitamos un camino carretero, aunque sea tosco, que es el que actualmente estamos haciendo. En ninguna parte de este proyecto nos va a costar el corte de cada km. más de 4.000 balboas»¹⁷. También es suyo el primer trazado de la carretera que a través de 12 kms une Almirante con el Valle de Riscó, aunque luego sería ampliada y muy mejorada por la operación “Nuevos Horizontes 1996” del Ejército Americano. «“Nuevos Horizontes 1996”, con sus equipos millonarios, había rehabilitado el trillo abierto por el padre, le había dado más anchura, había recortado los taludes de desmonte en ángulos más ajustados, había construido alcantarillas, rellenado hondonadas, desmochado rasantes... Pero la obra inicial ahí estaba y era obra del padre Corpus con la gente de Riscó»¹⁸.

Almirante le debe también la ampliación de la plaza central y la remodelación de su vieja iglesia. En 1993 reforzó sus cimientos con

¹⁵ Carta informe de José Agustín Ganuza a la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, Bocas, 15 abril 1975, AGOAR, Prelatura de Bocas, caja 2.

¹⁶ *Relación quinquenal 1983*, pp. 53-55.

¹⁷ «El padre Corpus, ejemplo de trabajo en Bocas del Toro», en *Panamá-América*, 30 marzo 1990, reproducido *Noticias OAR*, abril-junio 1990, pp. 8-9.

¹⁸ José Agustín GANUZA, «Y se hizo el milagro», en *Panorama Católico*, reproducido en *Noticias OAR*, mayo-junio 1996, p. 20.

inyecciones de cemento armado, substituyó la madera del pavimento por mosaico y amplió el altar¹⁹. Con razón se le saludaba ya en ese año con el título de “ingeniero municipal” de Almirante. Y por si alguno dudaba de la justicia del título, poco después llevaría a cabo una de sus obras más ambiciosas y más útiles, es decir, la traída de aguas a la ciudad y la construcción de su acueducto.

El padre Corpus es, sin duda, el misionero que más ha contribuido al bienestar temporal de la comunidad bocatoreña, pero no ha sido el único. Tras el terremoto del mes de abril de 1991, y gracias a la ayuda recibida de la Cáritas alemana e Internacional, del *Catholic Relief Service*, del Fondo de Emergencia Social (FES) y de otros, la comunidad pudo colaborar en la reconstrucción de viviendas de familias humildes. El 17 noviembre de 1996 la comunidad de Changuinola inauguraba, tras años de trabajo, un amplio y sólido edificio en que quedaron instalada la nueva residencia de los frailes y todos los servicios parroquiales. Por vez primera los frailes disponían de «una sólida base de lanzamiento, de descanso, de reunión y de alegría compartida»²⁰. Y en este último año la prelatura ha concluido en Bocas el ambicioso Centro Comunitario de Convivencias que había iniciado en 1993. Es un «centro social para la educación y promoción social de grupos organizados de indígenas, campesinos, amas de casa, niños y jóvenes, promotores de desarrollo comunitario y otros, mediante reuniones y convivencias de reflexión y de capacitación». La parroquia, la prelatura e incluso la comunidad civil tienen en él un centro adecuado para «celebrar jornadas de trabajo de uno o más días con suficiente comodidad y efectividad»²¹. Actualmente está en construcción, siempre en Bocas, un complejo destinado a residencia del obispo y oficinas de la prelatura.

En todas estas obras, que han supuesto cientos de miles de dólares, ha sido decisiva la aportación del Gobierno de Navarra, que comenzó a intervenir en Bocas el año 1992, del ayuntamiento de Pamplona, de Haren Alde, la ONG de los recoletos españoles, y de otras agencias nacionales e internacionales.

3. Labor pastoral

Las primeras atenciones de los nuevos misioneros fueron para los fieles de las cabeceras parroquiales. Así lo requerían la lógica y la tradición heredada de los paúles. En Bocas colocaron a 3 religiosos; en Almirante a 2 y en Changuinola a 3. Esta última atrajo desde el primer momento su atención por el número de sus habitantes, por su peso socio-económico e incluso por la relativa facilidad de movimientos y la presencia de un sindicato obrero²². En ellas su labor no difiere gran cosa de la común en cualquier parroquia latino-

¹⁹ «Reconstruyen iglesia de San José de Almirante», en *Panorama Católico*, 9 mayo 1993, cf. *Noticias OAR*, mayo-agosto 1993, 7.

²⁰ *Noticias OAR*, octubre-diciembre 1996, p. 19.

²¹ José Agustín GANUZA, *Datos de identificación del proyecto*, 9 abril 1994, AGOAR, Prelatura de Bocas, caja 2.

²² M. LEGARRA, «Informe», en *Bol. Cons.* 7 (1966) 62.

americana²³. El despacho parroquial, la administración de los sacramentos, la liturgia dominical, la catequesis, la atención a los grupos ya existentes... ocupan la mayor parte de su tiempo. Aunque en ninguna de las tres parroquias faltaban grupos fervorosos, la religiosidad de la generalidad de los fieles dejaba bastante que desear. Los misioneros insisten en su individualismo, en su ritualismo ribeteado de tintes mágicos, en su desconexión con la vida, en la ignorancia religiosa, en la escasa asistencia a la misa dominical, que en Changuinola no llegaría al 2%²⁴; en la inexistencia de tradiciones religiosas, explicable por el origen reciente de los pueblos y por la inestabilidad de sus habitantes; en la crisis dramática de la familia y del matrimonio...

En 1963 sólo se celebraron en la prelatura 37 matrimonios religiosos: 13 en Bocas, 19 en Almirante y 5 en Changuinola. La inmensa mayoría de las parejas recurría a la simple convivencia, con sus inevitables secuelas de familias incompletas, madres niñas y uniones inestables sin compromisos comunes. Los misioneros afrontaron tan triste situación por medio de la catequesis, la predicación, las visitas domiciliares, los cursillos, la instrucción en los colegios e incluso con la promoción del Movimiento Familiar Cristiano. Pero sus esfuerzos cayeron en el vacío. En 1982 los matrimonios cristianos habían descendido a 15 y en los años siguientes se mantuvieron a niveles muy semejantes²⁵. En 1969 Legarra escribía que sólo 3 de cada 10 niños eran legítimos²⁶.

Matrimonios religiosos celebrados en la prelatura

Año	Bocas	Almirante	Changuinola	Canquintú	Total
1963	13	19	5		37
1983	1	1	13	8	23
1987	4	3	4	2	13
1990	4	8	4	2	20

Una de sus primeras preocupaciones fue la organización de la catequesis. Ya en 1965 el padre Emilio Felipe da vida a un centro catequético en Changuinola y al año siguiente la prelatura recibe la visita de un equipo de expertos del CELAM. Dictan cursos de religión y moral para los maestros de las escuelas públicas. Y desde el primer momento aprovechan la disponibilidad de

²³ En las cabeceras, sobre todo en Boca, no difiere de una parroquia normal, cf. *Informe de 1991*, p. 22.

²⁴ Sin embargo, en 1990 en la cabecera de Bocas giraba en torno al 16 o 18%, cf. *Informe de la parroquia de Bocas*, p. 21, y en Almirante, en torno el 30%, cf. *Informe de la parroquia de Almirante*, p. 14, AGOAR, Prelatura de Bocas, caja 2.

²⁵ EQUIPO DE CHANGUINOLA, *Changuinola. La región y sus problemas: objetivos, proyectos y evaluación de la acción pastoral*, 1972, pp. 8-9, AGOAR, Prelatura de Bocas, caja 2; M. LEGARRA, «Informe», en *Bol. Cons 6* (1965) 217-21, 314-19; 7 (1966) 59-65.

²⁶ M. LEGARRA, *Primera Relación quinquenal (1964-69) de la prelatura de Bocas del Toro. Rep. de Panamá*, p. 19, AGOAR, Prelatura de Bocas, caja 1.

los maestros para llevar el mensaje cristiano a sus escuelas. En 1969 la catequesis escolar alcanzaba a 350 alumnos en Changuinola, a 400 en Bocas y a 750 Almirante²⁷. «De los 5.349 alumnos matriculados en las escuelas gubernamentales de la provincia de Bocas del Toro», escribía en 1969 monseñor Legarra, «cerca de 4.000 son beneficiados de alguna manera por una enseñanza catequética regular». También hicieron uso de *Radio Almirante*. Además de la misa dominical, se hicieron cargo de *La Hora Católica*, un espacio religioso que se emitía tres veces por semana. Durante algunos años una capuchina de la localidad dirigió con éxito un programa semanal de formación religiosa. También hubo intentos catequísticos con los militares estacionados en la prelatura.

Con todo, debido a la dispersión de la población, a la escasez de personal y de medios, que entorpecieron la formación de agentes cualificados, la catequesis no alcanzó entonces un nivel satisfactorio. Así lo reconocía el prelado en un informe dirigido a la Santa Sede en 1983²⁸. Algo comenzaron a cambiar las cosas a raíz de la primera Asamblea Pastoral Diocesana, celebrada en febrero 1982 como preparación al Quinto Congreso Eucarístico Bolivariano, que se celebró en Panamá. Después ha habido otras reuniones, se han redactado planes, se ha contratado a catequistas profesionales y se ha intensificado su preparación. Cabe destacar la Segunda Asamblea Pastoral de la Prelatura, celebrada en Almirante en mayo de 1990 con asistencia del obispo, 11 recoletos, 9 hermanas y 55 laicos procedentes de las cuatro parroquias de la prelatura²⁹. Estos esfuerzos le han permitido detectar los principales retos que tiene planteados y, como consecuencia, ha podido adoptar una serie de opciones claras en favor de los pobres, de los ancianos, de la familia y de la formación de agentes pastorales. E incluso ha comenzado a preocuparse de la promoción vocacional, que ya está dando algunos frutos³⁰. Otros frutos no tardarán en llegar. Con todo, si se exceptúa la pastoral indígena, en la que la prelatura ha dado pasos firmes, la catequesis está todavía lejos de cubrir sus inmensas necesidades. En 1990 la parroquia de

²⁷ *Ibid.* p. 24.

²⁸ *Relación quinquenal*, 1983, pp. 45-46.

²⁹ Sus conclusiones en José Agustín GANUZA, «Bocas del Toro (Panamá): ayer, hoy y mañana», en *Recollectio* 15 (1992) 437-58, esp. 452-58. En las páginas anteriores puede verse una síntesis de la introducción y primer desarrollo del cristianismo en la región.

³⁰ José Agustín GANUZA, «De todas las culturas», *Panorama Católico*, 9 mayo 1993, habla del interés de los frailes por las vocaciones indígenas, que ha fructificado en la presencia de cuatro candidatos de Canquintú y Changuinola en el seminario recoleto de Guatemala. Ya antes habían mandado algunos guaymies al Centro Misional Jesús Obrero de Tolé, donde en abril del 1988 había dos candidatos. En su informe sobre el estado de la provincia del 25 de diciembre de 1987 el provincial alababa el envío de jóvenes a los centros vocacionales de Tolé, Veraguas y Panamá, cf. *Bol. Cons.* 28 (1988) 50. A principios de 1997 profesó en la orden fray Orneles Smith Palacios, un guaymí de Canquintú, cf. *Noticias OAR* marzo-mayo 1997, p. 23. También las capuchinas y las lauras habían admitido ya a algunas jóvenes de la prelatura. En 1983 las capuchinas tenían una profesa y tres novicias; y las lauras, una profesa y otra aspirante.

Changuinola contaba con 50 catequistas distribuidos por las distintas comunidades, pero necesitaba muchos más. «Muchos lugares están prácticamente sin evangelizar y el nivel de formación religiosa es muy pobre». En julio de 1997 la prelatura se reunió en Bocas del Toro en torno a su prelado para celebrar su primer congreso de catequesis y, por desgracia, tuvo que constatar que la situación apenas había variado³¹.

Hacia 1972 el equipo de Changuinola, compuesto por los padres Jesús Casajús, Juan Miguel Izco, Antonio Pérez y Antonio Barbería, y dos misioneras seglares, hizo algún ensayo de pastoral social con los trabajadores de la zona. Estudió la propiedad y los beneficios de la Compañía Bananera, las condiciones laborales, salariales, habitacionales y sanitarias de los obreros, ... y se propuso luchar por “su liberación integral” y «socializar la propiedad de los bienes de producción a fin de conquistar para todos un nivel más humano de vida y la dignidad de hombres “llamados a ser libres”». Todo cayó en el vacío porque al equipo le faltó continuidad y quizá también capacidad para emprender un tarea que requiere conocimientos técnicos muy precisos. En ningún momento llegó a superar el estadio de la simple información y de la propuesta de unos objetivos generales. Sin embargo, introdujo una nueva sensibilidad hacia los problemas del campo y de los indígenas, dio nuevas alas al movimiento cooperativo y contribuyó a formar líderes guaymíes³².

Poco después (1977), con el patrocinio de la parroquia y de la Federación de Mujeres Católicas, surgieron Centros de Promoción Familiar y Social en algunas fincas de la Compañía Bananera –Base Line, Guabito, El Empalme y Finca las Treinta–. Hábilmente dirigidos por Dora Giraldo de Valdés, misionera seglar, contribuyeron a la promoción humana y cristiana de la mujer. Más tarde se propagaron a otras parroquias, donde todavía siguen activos. En septiembre de 1987 la prelatura elevaba a “Misereor” una solicitud de 110.400 dólares para financiar cinco centros³³.

Con ánimo de mantener el espíritu comunitario propio de la familia agustiniana y de lograr una mayor armonía pastoral, los misioneros se reunían todos los meses, en compañía del prelado, en una y otra de las parroquias³⁴. Hacia 1970 hubo intentos de crear equipos pastorales, que aunaran el apostolado con las exigencias comunitarias del carisma agustiniano. Su objetivo no era fácil, ya que requería grandes dosis de sensibilidad humana, de espíritu apostólico y de fervor religioso. Por desgracia, sus promotores se

³¹ José Agustín GANUZA, «Congreso de catequesis», en *Panorama Católico*, agosto 1997, reproducido en *Noticias OAR*, octubre-diciembre 1997, p. 16.

³² EQUIPO DE CHANGUINOLA, *Changuinola. La región y sus problemas*; también *Datos generales de la parroquia de Santa Isabel de Hungría*. Changuinola 1990, p. 18.

³³ *Relación Quinquenal*, 1983, p. 40; José Agustín GANUZA, «Por el buen camino», en *Panorama Católico* 28 marzo 1993; IDEM, «Cerro Brujo», *Ibid.* 12 junio 1994; también la entrevista concedida por mons. Ganuza a la Radio Vaticana el 17 marzo 1984.

³⁴ UN MISIONERO, «Notas de la prelatura de Bocas del Toro (Panamá)», en *Bol. Cons.* 8 (1968) 26.

preocuparon casi exclusivamente de los dos primeros elementos del trípode y con ello despojaron a su proyecto de sus principales virtudes apostólicas. Y no parece que se diera pronto con el remedio. Los vientos no eran entonces favorables a los valores espirituales. Durante algunos años corrió en la orden el rumor de que también sus misioneros de Bocas eran víctimas de esos prejuicios y de que marginaban más de lo debido el aspecto contemplativo de la orden. El mismo provincial se hizo eco de ello en un informe oficial: «El aspecto contemplativo de la vida religiosa puede, debe ser intensificado. Cierto que los desplazamientos son largos en lugares y en jornadas de tiempo, e impiden seguir una vida reglada. Pero hay muchos días en los que la comunidad puede reunirse para orar³⁵,

Los recoletos nunca limitaron su acción al núcleo parroquial. Desde el principio pusieron en pie un programa de visitas que en poco tiempo les llevó a los lugares más remotos de la prelatura. En 1969 eran ya 40 las comunidades visitadas con regularidad. Estas visitas podían resultar sumamente laboriosas e incómodas. Todavía en 1991 el misionero debía afrontar casi indefenso los embates de un mar con frecuencia embravecido o sufrir largas caminatas por sendas empinadas, en medio del barro y de la lluvia, y sin posibilidad de cambiarse de ropa durante horas y horas³⁶. En las comunidades más frecuentadas o más necesitadas comenzaron a levantar capillas y escuelas. Entre 1964 y 1969 abrieron siete escuelas, que, añadidas a las tres ya existentes, acogían a unos 1.000 alumnos. Las más importantes eran la escuela secundaria de El Silencio (Changuinola), dirigida por la asociación *Fe y Alegría*, con 120 alumnos en 1969, y la primaria de Canquintú (CEVISA), con 106. Ésta última contaba con cinco centros subsidiarios regados por el interior de la selva –Río Viento (30 alumnos), Río Manantí (18), Pomanquiare (32), Brurate (22) y Quebrada Tigre (12)–, cuyo mantenimiento corría a costa de la prelatura³⁷.

Y todavía era mayor el valor misional de las capillas. Con su habitual claridad monseñor Ganuza resumió su significación en una carta a la Congregación para la Evangelización de los Pueblos: «Para los bautizados son un signo de la presencia de la Iglesia entre su pueblo; para los no bautizados, un motivo permanente de evangelización; para la comunidad indígena, un signo concreto de esfuerzo comunitario y una muestra de ayuda cristiana. Para los misioneros constituyen un punto de apoyo en su labor evangelizadora y un lugar de descanso durante las visitas periódicas a la comunidad, ya que junto a la capilla la comunidad construye un rancho para los misioneros»³⁸.

³⁵ Jesús GARCÍA, «A todos los religiosos de la Provincia. 1985-1988», Madrid, 25 diciembre 1987, en *Bol. Cons.* 27 (1988) 65.

³⁶ Corpus LÓPEZ, «Rutina», en *Bol. Cons.* 30 (1991) 108-09, narra su visita a la comunidad de Bajos de la Esperanza, de la parroquia de Almirante, situada sobre el río Changuinola, en 1991.

³⁷ *Relación quinquenal*, 1964-69, p. 23.

³⁸ José Agustín Ganuza a Fernand Franck, secretario general de la Obra Pontificia para la Propagación de la Fe, 17 febrero. 1988, p. 16, AGOAR, Prelatura de Bocas, caja 2

Ya monseñor Beckmann se había percatado de sus excelencias y al visitar la zona en 1942 había dado órdenes precisas al respecto. Pero sus medidas no surtieron efecto. En 1964 la prelatura sólo contaba con capillas en Guabito, El Empalme y Canquintú. Los nuevos misioneros les dieron más acogida. En sus primeros cinco años (1964-1969) levantaron siete capillas en otras tantas comunidades: Loma Partida, Santa Catalina, Finca 32, Canquintú, etc., y reunieron materiales para las de Punta Róbalo, Miramar, Finca California y Yorkín³⁹.

Pero fue en la década de los ochenta cuando la construcción de capillas aceleró su ritmo, debido, en gran parte, al apoyo financiero de *Adveniat*, y también a las habilidades del padre Corpus López de Ciordia, que desde su incorporación a la misión en 1974 ha puesto a su disposición una laboriosidad incansable y unos conocimientos técnicos notables. En 1983 la prelatura contaba con 18 capillas rurales: 5 en la jurisdicción de Bocas, 4 en la de Almirante, 6 en la de Changuinola y 4 en la de Canquintú. En 1989 su número ya había subido a 47: 14 en Bocas, 8 en Almirante, otras 8 en Changuinola y 17 en Canquintú, que, además, tenía en obras otras cuatro⁴⁰. En los años siguientes surgieron nuevas capillas en Rambala, Palma Real y Caño Claro, en Bocas del Drago, donde en noviembre de 1994 se inauguró una dedicada a san Ezequiel⁴¹, en Cerro Brujo⁴², en Ño Tolente⁴³, en Playa Roja⁴⁴, etc. «Hoy», podía constatar con legítima satisfacción monseñor Ganuza en abril de 1995, «todas las comunidades tienen su capilla y su cuarto [para el sacerdote] bien construidos y mantenidos»⁴⁵. Generalmente, son de construcción sencilla, sin más pretensión que la utilidad de los fieles y del misionero. El piso suele ser de cemento; el techo de zinc; y la estructura de madera. Pero no faltan algunas más ambiciosas, como la de El Empalme en Changuinola, a la que cabe calificar de bonita y amplia iglesia.

4. Labor misionera

Tanto los dos obispos que han dirigido los destinos de la prelatura, como la inmensa mayoría de sus misioneros han tenido siempre muy presente su

³⁹ Legarra al P. General, 3 septiembre 1966, AGOAR, Prelatura de Bocas, caja 1.

⁴⁰ *Informe de Canquintú*, p. 30: «En la parroquia hay 17 comunidades que tienen capilla (terminada o en obras). De ellas 1 se hizo el año 1967 (Canquintú), otra en Bisira en 1977 y 11 en la década de los ochenta. 4 están todavía en obras»; cf. los informes sobre Bocas del Toro, mayo 1991, p. 20, y Almirante, 1990, p. 6.

⁴¹ José Agustín GANUZA, «Boca del Drago», en *Panorama Católico* 13 nov. 1994.

⁴² *Ibid.* 12 junio 1994.

⁴³ José Agustín GANUZA, «Ño Tolente», en *Noticias OAR*, noviembre-diciembre 1995, p. 21.

⁴⁴ *Noticias OAR*, enero-febrero 1997, p. 17.

⁴⁵ José Agustín GANUZA, «La Laguna de Chiriquí», en *Panorama Católico*, 2 abril 1995.

carácter misional. Los obispos han elevado su voz hasta las más altas jerarquías de la Iglesia abogando por que pasase a la jurisdicción de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos. Sus voces cayeron en el vacío, ya que todavía continúa dependiendo de la Congregación de Obispos. Pero no por eso dejan de manifestar la claridad de su conciencia misionera. Nunca dudaron de que Bocas del Toro era una de esas regiones de América Latina en las que, según la expresión del Concilio Vaticano II (*Ad Gentes* 6), «todavía no existe ni jerarquía propia, ni madurez de vida cristiana ni predicación suficiente del Evangelio»⁴⁶.

Desde el primer momento a Legarra le preocupó la suerte de los guaymíes, que eran un tercio de la población de la prelatura. Ha convivido con ellos en Canquintú del 19 al 21 de abril de 1964, ha palpado, sus enormes necesidades y piensa que la prelatura está obligada a aportar algún alivio. La presencia entre ellos de agentes castristas y el influjo de nacientes creencias nativistas le confirman en esas ideas. Imposible desoír su clamor, que él no duda en equiparar a la voz del macedonio que en Tróade imploraba el paso de san Pablo a Europa. A principios de 1965 ya habla al provincial sobre la necesidad de poner un misionero en la «región indígena»⁴⁷.

Pero su solicitud llega también a las demás tribus. En 1965 envía al padre Javier Real a Santa Catalina a visitar a los bocotás y al año siguiente los visita él personalmente. Poco después airea sus necesidades en la prensa y propone al Gobierno algunos remedios. En concreto, aboga por la inmediata implantación de un botiquín y de visitas médicas periódicas, por la creación de escuelas, la apertura de caminos y hasta por construcción de una pista de aterrizaje⁴⁸. Y también a los teribes de Changuinola los visita varias veces en compañía de los padres Félix Sáenz y Gonzalo Echegoyen, y se entrevista con su rey⁴⁹.

Todos ellos eran muy pobres, con índices altísimos de analfabetismo, que entre los guaymíes superaba el 88%⁵⁰, y de mortalidad infantil, que entre los bocotás no bajaba del 50%. Todo ello plantea graves interrogantes a

⁴⁶ José Agustín GANUZA, *Relación quinquenal*. 1983, p. 5.

⁴⁷ Martín Legarra al P. General, Bocas del Toro, 24 marzo 1965, AGOAR, Prelatura de Bocas, Caja 1.

⁴⁸ Emilio SINCLAIR, ¿Quiénes son los indios bogotás de Panamá?, en *La Estrella*, 31 mayo 1966, que reproduce una entrevista con monseñor Legarra; también UN MISIONERO, «Ecos de Bocas de la prelatura del Bocas del Toro», en *Bol. Cons.* 7 (21967) 162. Recientemente monseñor Ganuza ha dejado oír su voz en defensa de los teribes, que temen ser absorbidos por los gñobes, cf. José Agustín GANUZA, «Un grupo pequeño, casi en extinción», en *Panorama Católico*, 21junio 1998, p. 6.

⁴⁹ cf. *Bocas del Toro a grandes rasgos*, p. 17. Sobre la organización social de los teribes, cf. J.M. REVERTE, *Los indios teribes*, p. 158.

⁵⁰ *Relación quinquenal*, 1983, p. 78. Según el censo de 1970: en Canquintú eran analfabetos el 88,7% y en uno de sus corregimientos, Piedra Roja, el 98,4%. El español lo hablaban el 19% de los hombres y el 12% de las mujeres.

monseñor Legarra, pero es su situación religiosa la espina que más punza su corazón de pastor. Practican la poligamia; toman estado entre los 12 y 14 años; casi todos están sin bautizar; y la emigración destruye la familia y mina sus resortes morales y psicológicos. En algunos puntos, como en Cusapín, la presencia protestante los hace casi inaccesibles al misionero católico.

«Hay millares de almas sin bautizar. Quizá sea ésta la nota más dramática, y para nosotros la más preocupante, en el cuadro misionero de la prelatura de Bocas del Toro. Hay en ella cuatro tribus indígenas que habitan principalmente en el interior de la selva. La más numerosa es la de los guaymíes que suman unos 13.000, poco más o menos, es decir, como una tercera parte de la población total de la prelatura. Las tribus restantes, aunque menores en número, reclaman también urgentemente el esfuerzo y celo misionero. Queremos ir a ellos, penetrar en su ambiente, convivir, llevar el mensaje evangélico que, afortunadamente, ellos están deseosos de recibir. ¡Cómo duele en estos casos chocar con falta de medios con la imposibilidad...!»⁵¹.

Estas palabras no son simples veleidades o explosiones de un entusiasmo pasajero. Expresan convicciones firmes que no tardarán en cuajar en decisiones concretas. Su primer fruto será el Centro de Evangelización de Canquintú. La zona ya había sido visitada por los paúles, quienes incluso habían construido una capilla y una casita, en torno a las cuales se reunían algunos cientos católicos, como él mismo había podido constatar en su visita. Pero él acaricia planes más ambiciosos. Confía en que ese puñado de creyentes se convertirá pronto en levadura que fermente toda la masa y a él le gustaría acelerar la llegada de ese momento: «Tenemos puesta en esta región del Cricamola una de las mejores esperanzas en el desarrollo espiritual de la prelatura»⁵². En 1965 habla de mandar un religioso a Canquintú. Al año siguiente puede dar nuevo vuelo a sus planes. El nuncio siente también la urgencia de acometer la evangelización sistemática del pueblo guaymí y lo comenta con los obispos interesados. El prelado de Bocas y los obispos de Veraguas y David, en cuyas diócesis está radicado, serán los encargados de llevarla a cabo. Siguen conversaciones, cartas y viajes a Bogotá para contactar con las lauras, cuya experiencia misionera tanto puede servirles. Legarra ya no se contenta con un misionero. Aspira a levantar un centro que afronte las tres grandes necesidades de la zona: la miseria y dispersión de sus viviendas, el analfabetismo y las enfermedades.

El 11 de febrero de 1967 sale de Bocas con el alma bailándole en el cuerpo. Su sueño está a punto de convertirse en realidad. Le acompañan tres lauras y dos recoletos dispuestos a poner en pie un centro de evangelización integral. Deberá ser parroquia, escuela y dispensario, y la vez escaparate y granja-modelo. Aun antes de inaugurararlo lo tiene por la aportación «más importante y transcendental que los agustinos recoletos hemos dado aquí

⁵¹ Emisión misional por Radio Vaticano, 17 noviembre 1965.

⁵² Pastoral del 25 de mayo de 1964.

desde que la orden se hizo cargo de la prelatura de Bocas del Toro»⁵³. La experiencia de 30 años confirma la validez del diagnóstico. El pequeño villorrio de Canquintú, de 9 chozas miserables, sin calles, comido por el barro y la selva, se ha ido saneando y urbanizando, acogiendo a nuevos vecinos, promoviendo iniciativas agrícolas e artesanales, y proyectando su influjo por toda la comarca. En esa evolución los misioneros han hecho gala del máximo respeto por la cultura y el ritmo vital de los indígenas. En ningún momento han recurrido a la imposición o a la violencia. Han preferido esperar a imponer por decreto. Sólo así los indígenas podrían asimilar y convencerse de la utilidad de las novedades propuestas. En contraposición a la política integracionista del gobierno, han optado por la defensa y cultivo de las tradiciones locales. La convivencia, la adopción de muchas de sus costumbres, el estudio del idioma, el servicio desinteresado y desprovisto de proselitismo, ha ido perforando la capa de recelo y desconfianza en que el guaymí había buscado refugio y protección contra las agresiones externas. Una vez ganada su confianza y su estima, han podido incluso ayudarles a revalorizar sus tradiciones y a redescubrir su historia. El 3 de octubre de 1967 el centro fue reconocido por el Estado con el nombre de Centro Vocacional Indigenista San Agustín (CEVISA), y desde entonces ha recibido regularmente subsidios del Ministerio de Educación.

El proceso ha sido lento y todavía la zona del Cricamola es una de las más deprimidas del país. En 1990 no existía en ella ni un solo médico, abundaban los niños sin escolarizar, las caminos brillaban por su ausencia. Pero a pesar de todo, su progreso es evidente. Han surgido nuevos cultivos, ha mejorado la vivienda, se han multiplicado los dispensarios, los centros de salud y las campañas de vacunación; se asiste regularmente a gestantes y lactantes; se han construido acueductos y, en consecuencia, ha mermado drásticamente la mortalidad. Hoy el guaymí es un pueblo más consciente de su individualidad, más seguro de sí mismo y, por tanto, más capaz de integrarse en el tejido social y económico de la nación.

En 1969 vivían en Canquintú 15 familias, que disfrutaban de luz eléctrica y tenían a su disposición nuevos aperos de labranza, sierras, máquinas de coser y un centro de salud que asistía diariamente a unas 15 personas. Los religiosos estrenan casa y servicio de radioteléfono con Bocas. CEVISA había comenzado a preparar líderes e incluso había enviado a un guaymí a especializarse en el Instituto Jesús Nazareno de Atalaya. Otro estudiaba sastrería en Almirante⁵⁴. En 1981 Canquintú era ya «una población de 500 habitantes, con calles bien trazadas y saneadas, acueducto, luz eléctrica, organizada, progresista; con unas escuelas y un dispensario modernos. [...] La escuela primitiva se ha convertido ahora en varios edificios amplios, bien construidos y mantenidos [con 230 alumnos]. Al servicio de la escuela funcionan, además, una serie de instalaciones, como taller de corte y confección, manualidades, una granja agrícola, almacén, molino y secadero de

⁵³ Legarra al P. General, 5 febrero 1967, AGOAR, Prelatura de Bocas, caja 1.

⁵⁴ *Relación quinquenal, 1864-1969*, p.38,

piensos, huerto escolar, etc.»⁵⁵. Su ejemplo cunde en la zona y se forman nuevas comunidades indígenas en Río Viento, Pomanquiare, Nutibí, etc. Y aparecen proyectos de utilidad común. Con la ayuda de “Misereor” ponen en pie el GOIPA (grupo organizado de indígenas productores de arroz), orientado a ampliar la siembra del arroz, que proporciona a sus miembros «instalaciones de secado, almacenamiento, pilado y comercialización».

Pero no todo fueron facilidades ni triunfos. En 1972 surgieron dificultades con el gobierno a raíz de una visita de funcionarios del Ministerio. Incluso se llegó a proponer el traslado del centro a Bisira, pero el prelado logró atajarlo con una exposición lúcida y valiente de los logros y condiciones de Canquintú. En Bisira bien podría crearse otro subcentro⁵⁶. Y en todo momento hubo que hacer las cuentas con la independencia, la suspicacia y el ritmo vital de los indígenas. Monseñor Ganuza lo expresó muy bien en un informe a la Santa Sede: «los indígenas guaymíes bocatoreños no son “dóciles”, según esa idea romántica de unos indios que acogen sumisos al misionero. Son independientes. Y hasta desconfiados y, en casos, agresivos. Piensan y piensan a su modo. Nada de docilidad sumisa. Es grande el esfuerzo que hay que hacer para entenderlos, para comprenderlos, para ver qué y cómo piensan»⁵⁷.

Hacia 1980 aumenta entre los religiosos la conciencia misionera. En 1975 la Conferencia Episcopal Panameña se propuso redoblar el esfuerzo misionero, al colocarlo al frente de sus prioridades. Poco más tarde Puebla recordaba que la evangelización era «la misión fundamental de la Iglesia» y abogaba por una evangelización que llegara a impregnar la cultura de los pueblos. Los misioneros de Canquintú acogieron el clamor de sus prelados, reconociendo la necesidad de intensificar su labor misionera, y, de acuerdo con Puebla, decidieron conceder más espacio a los evangelizadores guaymíes. Sólo así lograrían penetrar en el alma de los indígenas, logrando una auténtica inculturación del evangelio. En consecuencia, buscan nuevos medios que les ayuden a salvar el abismo que los separa del indígena. Y así surgen los primeros encuentros de misioneros entre guaymíes; crece el interés por su lengua, sus leyendas y sus mitos; aparecen las primeras traducciones de textos litúrgicos al guaymí, que ahora comienzan a llamar *ngóbe*, y sienten la urgencia de preparar catequistas indígenas. En 1981 sólo contaban con cuatro catequistas, ya ancianos, que se distinguían más por su fidelidad que por sus conocimientos teológicos.

En octubre de 1980 tuvo lugar en Canquintú el primer encuentro de los misioneros que trabajaban con los guaymíes de Veraguas, Chiriquí y Bocas, al

⁵⁵ «Proyecto para la creación de un centro para la formación continuada de evangelizadores (delegados de la palabra) entre los indios guaymíes de Cricamola, Bocas del Toro, junio de 1981», en *Bol. Cons.* 21 (1981) 246-61; la cita en p. 250.

⁵⁶ José Agustín GANUZA, *Informe al Ministerio de Educación sobre el Centro Vocacional indigenista San Agustín (CEVISA) de Canquintú (Cricamola)*, Bocas del Toro, 12 agosto 1972. 71 pp.

⁵⁷ *Relación quinquenal*, 1983, p. 51.

que asisten los obispos de las dos últimas diócesis. El de Santiago no asistió por hallarse fuera del país⁵⁸. En él y en los siguientes, que se han venido celebrando regularmente hasta el presente, intercambian experiencias, estudian cuestiones de tipo religioso o social relacionadas con los indígenas, como su lucha por la Comarca Guaymí, creada el 7 de marzo de 1997⁵⁹, y la Carta Orgánica, y proponen algunas pautas comunes.

Una de estas propuestas fue la promoción cuantitativa y cualitativa de catequistas indígenas, por considerarlos imprescindibles para lograr una auténtica inculturación de la fe. En 1981 deciden crear un “Centro para la formación continuada de evangelizadores (delegados de la palabra) entre los indios guaymíes de Cricamola”, con una extensión en Bisira, que era el segundo punto más poblado de la región⁶⁰. Para ello necesitan un local donde acoger a los candidatos, «brindarles una mejor capacitación, acompañarlos en su proceso de formación [y] mantener una formación continuada». Con la ayuda de la Obra Pontificia de la Propagación de la Fe y de otras agencias internacionales pudieron echarlo a andar, aunque no con la rapidez deseada. En diciembre de 1984 tenían «prácticamente terminado el centro de Canquintú, y bien adelantados los trabajos del centro de Bisira». Los catequistas guaymíes eran ya 32 y trabajaban en doce comunidades. Pero su preparación cultural era escasa y su «formación cristiana necesita ser ampliada». Con ese fin «se reúnen el viernes último de cada mes para recibir de los misioneros la instrucción programada y las ayudas necesarias para su ministerio. Cada tres meses esta reunión se extiende a dos días con el fin de profundizar su formación y de ir evaluando los trabajos realizados»⁶¹. En 1987 ambos centros estaban en pleno funcionamiento. Ya en 1986 varios catequistas guaymíes, entre los que se veía a un grupo de mujeres, asistieron en Panamá al II Encuentro Nacional de Pastoral Indígena.

Otro fruto de esas reuniones fue el interés por la lengua y el mundo indígena. En mayo de 1982 un grupo de misioneros –cuatro recoletos de Bocas, un paúl, un jesuita y algunas lauras– se reunieron en Llano Ñopo de Tolé (Chiriquí) durante un mes con la doctora americana Harriet Klein, lingüista y antropóloga de fama internacional, para estudiar la estructura del ngóbere. En octubre del mismo año repitieron la experiencia y en 15 días elaboraron un “Manual provisional de ngóbere”. Los religiosos de Canquintú se

⁵⁸ Cris GJORDING, «Encuentro de misioneros en Bocas del Toro», en *Bol. Cons* 20 (1980) 158-59; «Bocas del Toro. Carta abierta a las comunidades cristianas de Panamá», *Ibid.* 21 (1981) 244-45.

⁵⁹ *Noticias OAR*, marzo-mayo 1997, p. 19

⁶⁰ “Proyecto para la creación de un centro para la formación continuada de evangelizadores (delegados de la palabra) entre los indios guaymíes de Cricamola”, en *Bol. Cons.* 21 (1981) 246-61; cf. *Relación quinquenal*, 1983, p. 33.

⁶¹ José Agustín Ganuza a Fernand Franck, 14 diciembre 1984, pp. 10-11, AGOAR, Prelatura de Bocas, caja 1. En 1995 actuaban en la parroquia de Changuinola varios catequistas guaymíes formados en Canquintú, a donde volvían cada dos meses para mejorar su formación, cf. José Agustín GANUZA, «Generosos protagonistas», en *Por su frutos los conocerán*, Panamá 1996, pp. 36-38.

comprometieron a «ir traduciendo algunos textos más sencillos del Ordinario de la misa, salmos responsoriales, oraciones, profesión de fe, etc.». En estos últimos años han aparecido nuevos frutos de ese interés. Poco a poco los misioneros van penetrando en los entresijos de un idioma que carecía de gramática y cada día van haciendo más uso de ella en la catequesis y en las celebraciones litúrgicas.

La II Asamblea Pastoral de la Prelatura, celebrada en Almirante en mayo de 1990, reafirmó su opción por los indígenas, obligándose a «descubrir y revalorizar lo autóctono, como base decisiva para la evangelización y expresión litúrgicas, [... a] incorporar la lengua, las tradiciones, la historia, los símbolos de los pueblos indígenas a las celebraciones litúrgicas; recrear en las lenguas indígenas los elementos básicos del mensaje evangélico y de la doctrina cristiana». La Iglesia Panameña confirmó estas tendencias en su Segunda Asamblea Pastoral Nacional (1990), al hacer una opción clara por una evangelización inculturada, que luego ha sido reafirmada en los diversos Encuentros Nacionales de Pastoral Indígena. El Cuarto Encuentro, celebrado en Panamá en septiembre de 1992, propuso una breve fundamentación teológica, histórica y antropológica de la inculturación⁶².

En 1995 los misioneros guaymíes ya tenían traducidos al ngöbere el ordinario de la misa, el manual del catequista, el ritual del bautismo y un cantoral⁶³. Paralelamente, los indios deponen su antigua suspicacia y actúan con más espontaneidad: «Ganada la confianza del pueblo, luego de largos años de convivencia, es increíble lo que se va recopilando, cuando tantos creían que nada había. Ahí va aflorando todo un mundo simbólico, una cosmovisión desconocidos para nosotros y aun para las generaciones jóvenes de ellos mismos»⁶⁴. Últimamente los caciques indígenas han permitido a los misioneros recoger y publicar, tras un largo proceso de verificación, una serie de ocho relatos que expresan su identidad cultural y que hasta ahora habían mantenido siempre fuera del alcance de los extraños⁶⁵. Los misioneros son conscientes de la importancia de esta publicación, en la que ven una recuperación de la memoria histórica del pueblo guaymí, y continúan

⁶² CUARTO ENCUESTRO NACIONAL DE PASTORAL INDÍGENA, *Por una evangelización inculturada hacia una Iglesia autóctona*, Panamá 1992. 67 pp.

⁶³ José Agustín GANUZA, «Ñantoro Maria», en *Panorama Católico*, Panamá, 19 febrero 1995. El ritual del bautismo fue publicado con el título *Tiñö Mige Mo Doguó Biti. Ritual del bautismo, en ngöbere y en castellano, elaborado pro el equipo misionero de la parroquia San Agustín de Kankintú*, Panamá 1998. 88 pp. El mismo año publicaron *Ja morógotre. Manuel del catequista ngöbere y en castellano, elaborado por el equipo misionero de la parroquia San Agustín de Kankintú*, Kankintú 1998. 93 pp.

⁶⁴ *Ibid.* Fruto de esa confianza es también la publicación del libro *Historias del pueblo Ngöbe*, el que los misioneros han recogido "ocho relatos que reflejan "la esencia cultural del pueblo ngöbe" (p. 3).

⁶⁵ EQUIPO MISIONERO DE KANKINTÚ, *Historias del pueblo ngöbe*, [Panamá 1998], 120 pp.

reuniendo material con el objeto de “ir cubriendo las lagunas, responder a los interrogantes, mostrar las virtudes, desvelar los defectos, recuperar las ilusiones y encarar las desgracias de este pueblo con historia oral y con una misión para el futuro de su raza”⁶⁶.

Por esos mismos años comienzan a llegar a Bocas los efectos de la solidaridad internacional. De ella nació y se nutrió la serie de microproyectos de desarrollo comunitario que, con asesoramiento y ayuda de “Misereor”, la prelatura ha llevado a cabo desde 1984 hasta la fecha. Esos microproyectos trataban de remediar necesidades detectadas por los naturales que no requiriesen grandes inversiones y contasen con aportes locales significativos. En 1984 se ejecutaron 22 proyectos por un total de 10.310 dólares. A fines de 1987 eran ya 73 los microproyectos terminados: 30 acueductos de agua potable por un total de \$15.619; 9 centros de servicios comunitarios por \$6.600; 8 equipos para trabajos comunales por \$12.655; 12 para mejoras y saneamientos de los poblados por \$6.225; y 14 en las áreas de la educación, salud, promoción y deportes por \$6.384. 41 habían sido realizados por el padre Corpus López de Ciordia; 6, por Tomás Arbizu; otros 6, por Jesús Ángel Martínez; 5 por José Antonio Herrero; otros 5, por José Ruiz; 4, por Francisco Elizalde; 2, por Roberto Cirauqui; otros 2, por Bernardo Eguaras; 1, por Jesús Arrondo, y otro, por Juan Miguel Izco. El 12 de diciembre de 1987 monseñor Ganuza presentaba a *Misereor* una nueva serie –microproyectos III– para los tres años siguientes por un valor de 150.000 marcos. Ninguno de ellos superaba los 1.500 marcos.

En 1985 había presentado un proyecto que preveía la construcción de tres centros de promoción rural en Canquintú, Bisira y Pomanquiare-Nutibí por valor de 340.000 marcos, distribuidos en tres años. En 1992 echaron a andar el camino de Canquintú a Bisira; poco más tarde abrieron el primer tajo del de Bisira al mar y en 1994 convencieron al Gobierno a emprender la construcción de un puente sobre el río Cricamola en Canquintú⁶⁷.

El terremoto de 1991⁶⁸ y las sucesivas especulaciones inmobiliarias, toleradas por el Gobierno, les brindaron repetidas ocasiones de salir en defensa de sus derechos y de colaborar en la reconstrucción de sus poblados. Menciono la labor de los religiosos de Changuinola en la reconstrucción de Barranco Adentro, «aguas arriba del río Sixaola, en las estribaciones del abrupto “filo” Blair», totalmente arrasado por los terremotos de abril y mayo y los violentos temporales de las semanas siguientes. El tiempo borró muy pronto el interés del público y, por tanto, también la atención de los políticos, y el poblado volvió a caer en su tradicional marginación. Sólo los religiosos de Changuinola, que desde años venían compartiendo sus problemas,

⁶⁶ *Ibid.* p. 6.

⁶⁷ *Noticias OAR*, enero-febrero 1995, p. 8.

⁶⁸ La primera sacudida, de 60 segundos y 7,4 grados de la escala de Richter, tuvo lugar el 22 de abril 1991. Produjo 29 muertos, 506 heridos y 4.900 damnificados, con 839 casas destruidas. El 2 de mayo hubo otra sacudida de 5,6 grados de intensidad.

continuaron a su lado y con su influjo obtuvieron y canalizaron los recursos que hicieron posible su rápida reconstrucción⁶⁹.

De más relieve y de más impacto en la opinión pública fue su defensa, entre 1991 y 1997, de los derechos de los guaymíes de Puente Blanco (Guabito), víctimas de una especulación edilicia típica de toda situación de emergencia. En previsión de los planes gubernamentales de reubicación de las víctimas del terremoto y de las cuantiosas ganancias que reportarían a los contratistas, un vecino de Changuinola adquirió en septiembre de 1991 una finca de 140 hectáreas, habitada desde 25, 30 y más años por colonos guaymíes y de otras etnias. Sin ninguna atención a sus derechos, el nuevo propietario, que al mes ya había vendido al gobierno algunos lotes de "su" finca por una suma que casi centuplicaba el precio que él había desembolsado, exigió su inmediato desalojo. Los indígenas se resistieron y, asesorados por los misioneros, se aprestaron a defender sus derechos por todos los medios legales disponibles. Pero sin extralimitarse ni recurrir a la violencia. «En sus reuniones», escribía el obispo, «les han exhortado a resistir unidos, a no responder con la violencia de que son víctimas, a no dejarse manipular por individuos o grupos que han pretendido enturbiar más las ya revueltas aguas. El 21 de diciembre último presentamos este caso a la Comisión de Derechos Humanos de la Asamblea Legislativa, asistidos por la Comisión de Justicia y Paz, buscando una mediación de alto nivel para resolver este doloroso problema que a nadie beneficia y a muchos perjudica».

Tan sensatas actuaciones cayeron en el vacío. El "propietario" rechazó todo diálogo y trató de imponer su voluntad por medio del terror: encarcelamientos, ranchos destruidos y quemados, propiedades y cultivos arrasados, disparos de arma de fuego; y todo con la connivencia o, al menos, la tolerancia del Estado. Lógicamente, la cuestión se enconó y los ánimos se exacerbaban, preparando el camino a los trágicos sucesos del 17 junio de 1997, que desembocaron en la muerte del indio «Juan Santos Chobra, la tortura del cabo Miguel Montes, la violencia sobre pacíficas familias y el prendimiento de quienes defendían derechos adquiridos». Sólo entonces el Gobierno se avino a negociar y, gracias a la mediación de los sacerdotes, únicos depositarios de la confianza de los indígenas, se pudo llegar a un acuerdo. En él se reconoce el derecho de los indígenas a cuarenta hectáreas de terreno, «con el camino de acceso mejorado, con servicios de agua potable, luz eléctrica, escuela, centro de salud y materiales para reconstruir sus viviendas»⁷⁰.

Estas actuaciones podrían producir la impresión de que los misioneros actúan como antropólogos o promotores sociales. Y a decir verdad, no han faltado quienes han pensado. Pero ellos siempre han rechazado tales

⁶⁹ José Agustín GANUZA, «Barranco Adentro», en *Panorama Católico*, 22 marzo 1992.

⁷⁰ José Agustín GANUZA, «Puente Blanco», en *Panorama Católico*, 16 enero 1994; IDEM, «Instrumentos de concordia y de paz», en *Panorama Católico*, julio 1997, reproducido en *Noticias OAR*, junio-septiembre 1997, p. 18.

insinuaciones. Con toda claridad lo hizo a principios de 1996 el padre Francisco Elizalde, que trabaja desde el ya lejano 1979 en Canquintú, confundido con los guaymíes y deseoso de aprender su idioma y penetrar en su psicología: «Nosotros no estamos aquí como antropólogos, ni como promotores sociales ni como turistas. Nadie aguanta 16 años en Cricamola así. Llegamos aquí para que el pueblo ngóbe tenga vida y vida en abundancia. No venimos a suprimir sino a completar. Creemos que Cristo es la plenitud de su cultura y de su religiosidad, de sus mitos religiosos. Aunque desarrollamos de hecho una amplísima actividad que podríamos llamar de tipo social, todo lo consideramos como un aspecto de la evangelización que abarca a toda la persona, en su actual entorno»⁷¹.

Pero no quieren imponer su don. Se contentan con ofrecerlo. E incluso al ofrecerlo procuran evitar toda presión o violencia y tratan de acomodarse en todo momento a la voluntad, capacidad y ritmo del receptor. Según el testimonio de monseñor Ganuza (1972), querrían administrar el bautismo a todos los indígenas, pero sólo lo confieren a los que se lo piden. Sin embargo, se sienten obligados a trabajar por el bien de todos, sin distinciones entre bautizados e infieles. «Nuestra conciencia cristiana nos lleva a desear que los indígenas sean también cristianos, si así lo desean; pero también sabemos que como cristianos estamos obligados a trabajar para que los indígenas, tan marginados y necesitados siempre, puedan primero realizarse como hombres. Y con unos hombres como base podremos hacer panameños y cristianos»⁷². En 1983 precisaba un poco más su postura: «En relación con las comunidades indígenas no bautizadas seguimos la política de llegar a ellas siempre que haya una invitación previa. Desde ahí comienza nuestro trabajo evangelizador, con la previa ayuda imprescindible de los catequistas indígenas. El proceso es lento, largo. Tampoco tenemos prisa. No queremos caer en la tentación del apresuramiento»⁷³.

Han apostado, pues, por un método que podríamos llamar de evangelización testimonial e indirecta, que no se deja enjuiciar fácilmente. Sólo el paso del tiempo permitirá sopesarlo debidamente. No faltarán, sin embargo, quienes lo juzgarán frío y poco acorde con el “fervor” misionero de la más antigua tradición cristiana. Ellos, por su parte, a pesar de no insistir en las cifras ni en logros concretos, no dejan de aludir a su eficacia. Así interpretaba monseñor Ganuza, a fines del 1995, la invitación que los guaymíes de Ño Tolente, antiguos seguidores del movimiento de la *Mama Chi*, dirigieron a la

⁷¹ «Dos entrevistas en Canquintú», en *Noticias OAR*, enero-febrero 1996, p. 12.

⁷² José Agustín GANUZA, *Informe*, 1972, p. 68.

⁷³ *Relación quinquenal*, 1983, pp. 16 y 23; En 1994 describía el trabajo misional del P. Ismael Bortiri en Cerro Brujo con las siguientes palabras: «Comprometido en una evangelización renovada, apoya las iniciativas de la comunidad que la llevan a conseguir condiciones de vida cada vez más humanas. Y así lo enseña a la gente: los trabajos que realizan en favor de la comunidad expresan su fe en el Dios de la vida y en el Jesucristo que nos libera; y manifiestan su amor a los hombres», en *Panorama Católico*, 12 de junio 1994.

comunidad de Canquintú para que los visitara y catequizara. Su descripción nos depara un ejemplo concreto de ese método.

«Ño Tolente ha sido una comunidad de seguidores del movimiento religioso de la Mama Chi, con algunos viejos, fieles al bautismo que recibieron en su juventud. Durante algunos años el equipo misionero de Canquintú se limitó a pasar junto a Ño Tolente o llegar de vez en cuando en visitas de cortesía o con motivo de algún proyecto de desarrollo comunitario. Pero la comunidad siempre ha sentido que los misioneros están ahí, en Cricamola, que aprenden su lengua, valoran y viven su cultura, comparten sus alegrías y sufrimientos, escuchan sus voces, animan obras concretas de promoción comunal, se solidarizan con sus aspiraciones, se comprometen activamente en la recuperación de la memoria histórica del pueblo ngóbe ... Sin exigencias ni imposiciones, con humildad, identificados siempre como cristianos en la Iglesia Católica.

Y por ahí, desde la curiosidad hasta la invitación, pasando por la confianza y el deseo, ha ido avanzando el proceso de evangelización que se ha afianzado con la construcción de su propia capilla y que habrá de caminar, sin prisas, con catequistas como levadura, hacia un pueblo ngóbe evangelizado. Porque llegó un día en que los roás de Ño Tolente invitaron formalmente a los misioneros a visitar la comunidad. Y fueron los catequistas ngóbes de Bisira, Nutibí, Pomanquiare y Canquintú los encargados de llevar adelante el trabajo evangelizador, con los viejos bautizados como origen y apoyo. Luego llegarán los sacerdotes, las hermanas. Y todos juntos ayudarán a la comunidad a descubrir la presencia del Señor Resucitado y Liberador en la vida y la cultura del propio pueblo. En los diálogos con la comunidad fueron surgiendo personas de buena fama, dotados de espíritu y habilidad que, instruidos como catequistas, hoy son los guías de la comunidad de bautizados»⁷⁴.

Repasando algunas estadísticas de la parroquia de Canquintú se observa un número relativamente alto de bautizados mayores de siete años.

Bautismos administrados en la parroquia de Canquintú

Año	Mayores de 7 años	Total
1982	117	818
1983	215	454
1984	218	367
1986	190	352
1987	151	283
1990		

⁷⁴ José Agustín. GANUZA, «Ño Tolente», en *Noticias OAR*, noviembre-diciembre 1995, p. 21,

